

Capítulo I

(Ecce Homo)

El cuarto Evangelio, como es de conocimiento general, ha sido separado y distinguido de los otros llamados sinópticos. Esta distinción se hace, por algunos, con fines de mayor aprovechamiento en el estudio crítico de los documentos. En este caso la distinción obedece a razones objetivas, puramente científicas, fundadas en el contenido y la forma de los textos. Para el lector religioso, sin preocupaciones de crítica científica, la motivación para distinguir este Evangelio de los otros es subjetiva, obedece a una mayor ó menor estimación sentimental. Para unos este es ~~el Hellenic Gospel~~ (el Evangelio Helénico) par excellence; para otros el mismo Evangelio resulta de pura esencia hebrea. La generalidad de los lectores insisten en hablar del Evangelio Místico; pero hay también quienes le consideran el más universal de los Evangelios. El mismo autor parece darnos una clave para la interpretación de su libro en las palabras finales del capítulo veinte: "Estas empero son escritas, para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios; y para que creyendo, tengáis vida en su nombre."

La Biblia ha ejercido siempre una misteriosa fascinación en los pueblos hispánicos. No creo que en ningún sector de la cultura occidental puede mostrarse un cuadro de hombres ilustres tan profunda y decisivamente moldeados por la influencia bíblica como en España, Portugal y la América Hispánica. Pero si grande es la influencia en los intelectuales, lo ha sido mayor aún en el pueblo.¹

1. Este fenómeno ha sido estudiado en mi libro Reformismo Cristiano y Alma Española, Librería Aurora, Buenos Aires, 1949. Véase también mi ensayo "La Biblia en la Literatura Española," Luminar, Vol. II, Núm. 3, 1938, aptdo. 97 Bis., Mexico, D. F. Consultese sobretodo, la obra de Americo Castro, España en su Historia, Editorial Losada, Buenos Aires, 1948.

A esto atribuyo, en parte, la preponderancia de lo popular en la cultura española. La Biblia tiene todos los rasgos típicos de la literatura popular. Y fué esta literatura la que más influyó en la formación del gusto y también de las técnicas literarias, no sólo de los escritores sino también del pueblo español. Es el romance español lo que más se asemeja a estos cortos fragmentos que forman juntos el mosaico maravilloso de los Evangelios. Y es también el romance español lo que con mayor fidelidad nos revela el secreto del espíritu español. En una conferencia, dada en la Universidad de Oxford, el 26 de junio de 1922, decía Ramón Menéndez Pidal, refiriéndose a los romances españoles:

Esos judíos expulsados de España en 1492 conservan los recuerdos medievales que de su patria sacaron y los conservan con una tenacidad y fidelidad incomparables. Al escuchar las versiones de romances que nos dan los judíos de las ciudades marroquíes nos parece oír la voz misma de los españoles contemporáneos de los Reyes Católicos...²

A esta misma fidelidad señalada por Menéndez Pidal, se debe la conservación de las historias que forman el Génesis, el libro de los Jueces, los libros de los Reyes, y también los Evangelios del Nuevo Testamento.

Esa natural calidad poética de los romances la tenemos en los Evangelios, y sobretodo en el Evangelio Según San Juan. La potencia de sugestión en sus palabras, su eficacia para capturar y estimular la imaginación de los lectores ha sido la razón principal para distinguir este Evangelio, obedeciendo a motivaciones personales y subjetivas.

La frase "He aquí el hombre," ha logrado penetrar, como ninguna en la conciencia religiosa del pueblo español. Miguel de Unamuno, ese

2. Ramón Menéndez Pidal, Los Romances de América, Espasa Calpe, Buenos Aires, 1939, pág. 65.

hombre tan representativo del genio hispánico, ha escrito:

En un teólogo protestante, en Ernesto Troeltsch, he leído que lo más alto que el protestantismo ha producido en el orden conceptual es el arte de la música, donde le ha dado Bach su más poderosa expresión artística. Y podemos decir, en cambio, que la más alta expresión artística católica, por lo menos española, es en el arte más material, tangible y permanente de la escultura y la pintura, en el Cristo de Velázquez, ¡en ese Cristo que está siempre muriéndose, sin acabar nunca de morirse, para darnos vida!³

Jesús, para el pueblo español, como para el autor incógnito de la Epístola a los Hebreos, es, antes que nada, El Hombre. No importa lo que Pilatos quisiera decir. La fijación exacta del sentido histórico de esa expresión, el español la encomienda de buena gana a un Ernest Cadman Colwell.⁴ Lo que importa es el aura de sugestión que rodea a la palabra escrita. Importa todavía más el contexto dramático en que fué pronunciada esa expresión, esclarecedor todo ello de la misteriosa estructura del espíritu humano. Es de ese interés en el hombre particular que derivan manifestaciones artísticas como ese Cristo de Velázquez, poema de Miguel de Unamuno, inspirado en el lienzo del gran pintor español. El mismo poeta escribió en otra ocasión:

Oh, no busquéis la letra, la que mata;
lo que vida nos da buscada el espíritu.
¿Qué ha querido decir? No importa. ¡Déjalo
Busca lo íntimo.

.....

Si os dejara en el alma un vago trémolo
como el que baja de esa vieja torre
que a la oración nos llama, os dejaría
mi alma toda.⁵

3. Miguel de Unamuno, El Sentimiento Trágico de la Vida, Renacimiento, Madrid, s.f., pags. 74-75.

4. No hay en esta alusión ninguna intención peyorativa. He seleccionado al autor de The Study of the Bible, The University of Chicago Press, 1937, por representar su posición exegetica el polo opuesto de la actitud general del español hacia el texto sagrado.

5. Miguel de Unamuno, Poesías, Bilbao, 1907.

La frase He aquí el hombre, exclusiva de este Evangelio Según San Juan, ha venido a ser como ese vago trémolo del alma, una llamada a la búsqueda de la más profunda verdad espiritual. También la mentalidad de Francis Bacon, tan parecida en muchos aspectos a la de Unamuno, se sintió atraída por ese momento de supremo dramatismo. "La mentira desafía a Dios; pero se achica ante los hombres." Así concluye el escritor inglés su ensayo sobre la verdad. Pero el filósofo inglés no alcanza a comunicarnos si las payasadas de Pilato trataban de disfrazar su encogimiento ante los hombres, su terror ante la revelación de la verdad encarnada en Jesús, ó la insensatez humana que desafía la presencia de Dios. ¿Lo sabe acaso Bacon? Solamente Jesús aparece en todo momento claro, consistente y luminoso. Esa luminosidad del Hijo de Dios revela siempre la vaguedad, confusión e incertidumbre del hombre particular. Cuando ese momento culminante de la revelación cristaliza en palabras, esa expresión simbólica de la verdad de Dios, lo será también de la impureza humana. "La mezcla de la falsedad," afirma Bacon, "es como la aleación en la moneda de oro ó de plata, el metal puede trabajarse mejor, pero se rebaja."

La frase de Pilato es una de esas expresiones multívocas y fronterizas. Un simple imperativo de aoristo, para uno de los varios verbos que en la lengua griega significan ver. De este verbo se derivan las palabras teoría e idea. La versión inglesa conserva la forma imperativa, hasta la nueva revisión americana que traduce: "Here is the man." Las versiones españolas la convierten en oraciones declarativas. "He aquí el hombre," traduce Valera. "Ahí tenéis el hombre," interpreta Nacar - Colunga. La Vulgata Latina de San Jerónimo lo expresa por un adverbio, Ecce Homo, que entre los pueblos de tradición hispánica tiene valor de interjección sui generis: "¡Este es el hombre!" En el cuarto verso del mismo pasaje San Jerónimo usó el mismo adverbio para traducir el imperativo. Este deriva

del aoristo activo, el otro del pasivo, es la única diferencia.

La carga de pasión humana depositada en ese Ecce Homo a través de mil seiscientos años, halló expresión artística en todas las formas de la cultura occidental. El caos del espíritu humano busca entenderse a sí mismo por el cosmos del esfuerzo artístico y así llegamos al lienzo inmortal de Velázquez. En esa expresión pictórica del cristianismo español, vuelve a sentir Unamuno la irresistible atracción del Ecce Homo.

Tu cuerpo de hombre con blancura de hostia
para los hombres es el evangelio.
Dieron sus cuerpos los helenos dioses
de la rosada niebla del Olimpo
para la vista en pasto de hermosura,
regocijo de vida que se escurre;
mas sólo Tu, la carne que padece,
la carne de dolor que se desangra,
a las entrañas nos la diste en pábulo,
pan de inmortalidad a los mortales.

¡Tú eres el Hombre - Dios, Hijo del Hombre!
La humanidad en doloroso parto
de última muerte que salvó a la vida
Te dió a luz como Luz de nuestra noche,
que es todo un hombre el Dios de nuestra noche
y hombría es su humanidad divina.
Tú eres el Hombre, la Razón, la Norma,
tu cruz es nuestra vara, la medida
del dolor que sublima, y es la escuadra
de nuestra derechura: ella endereza
cuando caído al corazón del hombre.
Tú has humanado al universo, Cristo,
¡qué por Ti es obra humana! ¡Vedlo todo!
"¡He aquí el hombre!" por quien Dios es algo.
"¡No tengo Hombre!", decimos en los trances
de la vida mortal; mas Tú contestas:
"¡Yo soy el Hombre, la Verdad, la Vida!"
Tal es el Hombre, Rey de las naciones
de desterrados, de la Iglesia Santa,
del pueblo sin hogar que va cruzando
el desierto mortal tras de la enseña
y cifra de lo eterno, que es la cruz.⁶

6. Miguel de Unamuno, El Cristo de Velázquez, Espasa-Calpe, Madrid, 1920.